

Galway Kinnell: *El libro de las pesadillas**

Adolfo Castañón

I

Todos hemos tenido pesadillas, esos sueños obsesivos e inacabables que lo atrapan a uno en su laberinto y lo ponen a girar sin respiro como un animal sobre las brasas. Quienquiera que haya tenido pesadillas sabe cuán difícil es recordarlas. Cuando logramos traerlas a las playas de la conciencia, aquellas medusas inasibles que aterraban en los abismos submarinos del sueño han perdido el aura pavorosa que irradiaban y se presentan casi indefensas como mansas imágenes inermes cuyo secreto aterrador se ha desvanecido. Yo recuerdo una pesadilla recurrente de mi infancia (hay en estos sueños una vocación reiterativa e inexorable pues las verdaderas pesadillas se repiten y su condición espantosa está en relación directa con su índole cíclica): veía yo desfilar a mis seres más queridos inmersos en o bañados por una luz maravillosa que los hacía todavía más adorables; el desfile se repetía pero la luz empezaba a ensuciarse y a enturbiarse y volvían a pasar como en un carrusel cíclico los seres amados, cada vez más lacerados por aquella luz inclemente y corrupta que los vencía desde dentro y parecía devorarlos, una y otra vez y cada vez más veloz y frenética y desenfrenadamente. Viscoso, mancillado, quemado por una fuerza misteriosa pasaba ante mis ojos el tren de mis seres amados —comprendía que los estaba viendo morir y que esa luz cancerígena era una premonición de la mirada asesina, un augurio de la vida que se desvivía y desmoronaba. Me despertaba gritando y empapado en sudor, mi piel ardía como la de los fiambres amados de mis sueños y, al cobrar conciencia, comprendía que era imposible salir de aquella fantasía que alargaba sus tentáculos hasta mi persona diurna y despierta, comprendía que la pesadilla era algo que se podía mantener a

* Kinnell, Galway. *El libro de las pesadillas*. Versión de Jorge Brash, Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 2000, 147 pp.

raya pero no, de ningún modo, vencer o disipar; la fantasía que me seguiría perruna como una sombra y que cuando más podía mantenerla ligeramente atrás, distraerme de ella, transformar aquel sueño devastador y corrosivo, inexorable, en una pesadilla.

Más tarde, al experimentar otros sueños de esta familia pesadillesca, supe que como las raíces de ciertas enredaderas rizomáticas, las pesadillas estaban todas conectadas entre sí y, más aún, que a su vez los sueños “buenos” y los malos tienen secretos lazos y que la trama soñada y la trama vivida están tejidas con el mismo estambre, a veces pavoroso, a veces seductor y subyugante, a veces banal e inocuo. Las pesadillas por ello pueden representar una vía de conocimiento de nosotros mismos, un atajo para acortar camino en el conocimiento interior.

II

Galway Kinnell es el autor de *El libro de las pesadillas*. Esta frase admite dos lecturas: primera —que todas las pesadillas de todos los hombres son recogidas por un misterioso guardián interior cuyo nombre suena a ensalmo cabalístico, a fórmula de grimorio abracadabrante; segunda —que existe un autor que con este nombre ha firmado un libro de poemas llamado *The book of nightmares*, publicado en 1971. ¿Quién es este señor con nombre de brujo celta?

Galway Kinnell nació en 1927 en Providence, Rhode Island. Es contemporáneo de Carlos Fuentes, George Steiner y Derek Walcott, y pertenece a esa generación nacida en el periodo de entreguerras cuya adolescencia fue simultánea a la Segunda Guerra Mundial y que vio transcurrir su juventud y madurez bajo el péndulo amenazante de la Guerra Fría y la extinción nuclear. Luego de cumplir su servicio militar en la marina usamericana, viajó intensamente por Europa y Medio Oriente. En su primer libro: *What a Kingdom it was* (1960) se reconoce una sensibilidad e imaginación cristianas, pero en sus libros siguientes la exploración formal y moral va más allá de la partitura religiosa convencional y arraiga encarnizadamente en una realidad ávida de crudeza y concreción y que no desdeña ni lo terrible ni lo sórdido como materia de la invención poética. Tal voluntad de desnudamiento y despojamiento coincide con las poéticas de la aridez que prosperan entonces en Europa en las obras, por ejemplo, de un Paul Celan o del primer Eugenio Montale, y en ella parece prolongarse la poética abrupta de otro poeta usamericano: Richard Eberhardt. El proceso de despojamiento en Kinnell incluye la identidad:

Si podemos seguir yendo cada vez más y más hondo —ha dicho— encontraremos que ya no somos personas... seremos una hoja de hierba o acaso una piedra. Si una piedra pudiera leer poesía, hablaría por ella.

Este proceso de “ayuno intelectual” que renuncia a todo lo que no venga de la experiencia real e interiormente vivida se vierte en lo formal a través de un haz de breves líneas cantarinas, donde el aforismo, la carta, el microrrelato no desdeñan ni una sintaxis directa y asertiva ni la obsesión por los ritmos que se repiten con insistencia, realzando así el poder de esas imágenes deliberadamente pobres, cuando no crudas y sordidas. No sin acierto se ha dicho que su elocuencia tiene más que ver con la del chamán y su arcaica retórica del éxtasis que con la sosegada mansedumbre de la oda. Más que en *The Moint of Monaduck* (1964) o *Body Rays* (1968), o *Mortal Acts, Mortal Words* (1980), en *The Book of Nightmares: El libro de las pesadillas* se dibuja íntegra la fisonomía de este poeta en quien se resuelve singularmente la ecuación cuyos miembros son nacimiento, muerte, amor y poesía. Kinnell es también autor de una novela: *Black Light* —luz negra— y ha traducido a Villon y a Yves Bonnefoy.

III

El libro de las pesadillas es un libro enigmático. Se compone de diez cantos que son otras tantas experiencias significativas, otros tantos actos propiciatorios: los asuntos evocados van desde el alumbramiento de la hija Maud, el sacrificio de una gallina, hasta la visión de la guerra o de las variedades de la muerte y la desesperanza en las pesadillas del aire acondicionado.

La narración del poema sigue un orden concéntrico más que una progresión lineal: ir y venir, zig-zag, reojo, retrospección, distracción, rodeo, son algunos de los pasos que sigue esta danza verbal de la conquista interior. Actos propiciatorios: el primer poema expresa abiertamente que el libro y la hija recién alumbrada son hermanos y descienden de la misma carne atormentada —hija y libro son plegarias, ensalmos, botellas arrojadas al mar para orientar al amigo, al lector desconocido.

Dije que *El libro de las pesadillas* es un libro enigmático. Quizá habría que decir que es una obra complejamente enigmática, una arquitectura verbal donde los enigmas se superponen y yuxtaponen hasta hacer estallar la clarividencia. Es en ese sentido un libro apocalíptico donde los velos caen por la acumulación de las dificultades. Un libro apocalíptico porque está escrito siguiendo un principio de convergencia asociativa. No

un libro explosivo sino un *libro implosivo* cuya fuerza centrípeta está a la altura de ese hoyo negro que llamamos nuestro tiempo. Si el mundo del Renacimiento y de la Primera Revolución Industrial se caracterizó por su carácter expansivo y por querer propagar las semillas del orden técnico y la civilización material del capitalismo a todo el orbe conocido, el mundo actual es muy distinto: la expansión mercantil ya se ha realizado plenamente. De la expansión pasamos a la saturación. La mundialización que ha abolido los relatos nacionales fundiéndolos en una sola narrativa globalizada auspicia el surgimiento de una conciencia apocalíptica, de una inteligencia para la que la guerra y el esplendor, el horror y la ternura, el placer y el asco, el sueño y la pesadilla son experiencias simultáneas. Se diría que el hombre de este fin de época ha desarrollado una mirada bifocal donde nunca se pierde la contemplación simultánea de la luz y de la sombra. Galway Kinnell pertenece a esta estirpe de los hijos del interregno que asisten al derrumbe de un mundo y al nacimiento del otro, y que saben que existen puentes sutiles entre ambos. En ese páramo espiritual, la poesía es como una frágil hoguera alrededor de la cual los vagabundos cuentan las historias de su errancia sin fin. Por supuesto —a los ojos de Kinnell— sólo están vivos los vagabundos; los demás están muertos o dormidos como muertos, como el recepcionista de ese hotel que se queda dormido en el poema IV. Kinnell nos advierte que en realidad la historia verdadera del vagabundo es la leyenda que cuentan unos zapatos que van de pie en pie y para quienes los sucesivos pies no son sino algo más que un calcetín (véase el poema III). Si el principio radical y apocalíptico de la convergencia es inquietante y aterrador, la visión del carácter desechable e intercambiable de la identidad ahonda esta percepción abismal de la cual sólo nos puede salvar la ternura. Dime qué te entenece y te diré quién eres, parece advertir Kinnell (p. 63). Ésa es quizá una de las lecciones más sugerentes de *El libro de las pesadillas*: sólo somos ahí donde nos exponemos: somos originales y originarios ahí donde somos vulnerables. Sólo el que sabe morir será capaz de renacer.

IV

Los zapatos del vagabundo

1

Acuclillado ante el armario
del Almacén del Ejército
de Salvación, probándome, uno tras otro,
los zapatos en que otros han palmado, descubro

los zapatos más viejos
que les vienen a mis pies
como a sus primeros pies y se amoldan
hasta el último nudillo con su callo.
Y ahora salgo,
con los zapatos del muerto, a la nueva luz,
sobre las piedras pasaderas
del vagabundeo de otro,
y siento una punzada
en uno y otro pie y digo
vuelta o alto o da
cuarenta y tres pasos gigantescos
hacia atrás, con el terror
de acaso haber perdido
la ruta: *el primer paso*, dijo la Sibila
leyendo la bola de cristal, *será*
perderse.

2

De vuelta en el hotel Xvarna, deajo
sin cerrar la puerta forzada con ganzúa una y otra vez,
corro
la única persiana calada por la luz
del cuarto angosto bajo la autopista, me quito
los zapatos, los deajo
uno al lado del otro
junto a la cama,
me arrebujo
bajo las mantas tiesas
por el sudor del amor, del sueño, por el polvo
del rechino de dientes, y caigo
en la oscuridad.

3

Un ruido débil
y chirriante
comienza a oírse en el cuarto,
aleteo rasante,

o resuello dificultoso
de un tísico o de un anciano.
Y los rancios
olores del zapato reviven
tocados del sudor de mis pies, como
al beso de un niño, se elevan
flotando hasta la cama
hasta mi capullo de sábana, bajan deslizándose
por los conductos
de vellos aletargados, ahora hirsutos, y puedo gemir
o jadear,
el gemido o el acezo de otro —el pie más viejo
de estos zapatos, el borracho
que murió en este cuarto, y soñándose niño
pudo haberse reído
de estos pies apretados, callosos, dándoles
besos largos y risibles
a través de los calcetines, o un hermano
enviado de regreso a casa, escocido
por las quemaduras de los asiáticos, sudando
su pesadilla hasta el final
en alguna bodega encalada
para su muerte— el gemido
o jadeo de alguien
que expone sus errores a una luz más fría,
sus farfulleos peores
que los pedos, gruñidos y eructos
del cuarto de un hombre de Oklahoma,
mientras me escalofrió con su pesadilla.

4

Los árboles que fungen de testigos
se marcan por última vez: el camino
tiembla cuando se cruzan
los fangales veteados de agua brillante, un viento
frío del Leteo manosea
todo mi cuerpo,
algunas neuronas crujen como madera fofa en un incendio
o mueren,
una sacudida a cada paso,

suelo de espejos que se rompen enfermos del picor
de nuestros huesos faciales bajo la piel,
al estirarse la memoria
cuyas manos sangrientas se imponen sobre el futuro,
los zapatos

encantados se levantan y caen
a través del polvo, alas de polvo
se remontan en torno mientras ellos descienden aleteando
a través de las ondas mentales del camino del tiempo.

5

¿Es el pie,
que frota guijarros
y piedras bezoares todos los días, la más humilde
de las lenguas que con la huella de su lamida cuenta
nuestra historia de errores al polvo rezagado,
último vestigio de alas
en nosotros?

¿Y es
la pesadilla de la gallina, o su sueño secreto,
escarbar siempre la tierra
y comer los minutos en granos de arena?

6

Por este camino
donde no sé cómo pedir pan,
donde no sé cómo pedir agua,
por esta vereda
que se inventa a sí misma
a través de selvas de carne quemada, tierra de huesos
terrosos que al olor de la sangre
se cruzan dando traspies,
suspiro por la capa
de los grandes vagabundos que alumbraban
sus pasos con la lámpara
del hambre y la sed pura,
y cualquier camino que emprendieran era el bueno.

Pero cuando la Sibila
sostuvo mi cráneo de cristal bajo la luna,
cuando lanzó mis clavículas
a través de las estrellas de Acuario, dijo:

*Vives
bajo el signo
de la Osa, que camina con torpeza por el caos
en su grasa estelar:
pobre tonto,
pobre horqueta
de manzano, sentirán troncharse
todos tus huesos
sobre las aguas sagradas que nunca beberás.*

Por último, una palabra sobre la traducción. Me parece un buen auspicio que hoy 30 de septiembre, en la Fiesta de San Jerónimo —el patrón de los traductores— celebremos la aparición de una traducción.

El traductor —dice Valery Larbaud en *Bajo la invocación de San Jerónimo*— es desconocido; está sentado en el último lugar y por así decir sólo vive de limosnas; acepta cumplir las funciones más ínfimas, los papeles más oscuros; “servir” es su divisa, y no pide nada para sí mismo poniendo toda su gloria en ser fiel a los maestros que ha elegido, fiel hasta el anonadamiento de su propia personalidad intelectual.

Y sin embargo no leemos a Isaías o a Juan de Patmos sino al San Jerónimo de la Vulgata traducido por Cipriano de Valera y Casiodoro de Reyna; no leemos a Horacio sino a Fray Luis de León; no conocemos a Whitmann sino a Borges; no a Samuel Beckett sino a José Emilio Pacheco. No a Dereck Walcott sino a José Luis Rivas. No *The Book of nightmares* de Galway Kinnell sino *El libro de las pesadillas*, traducido por Jorge Brash, en quien algo nos dice que se funden la vocación literaria y la vocación religiosa. Si no fuera así, hoy no estaríamos comentando el breviario iniciático titulado *El libro de las pesadillas*.^{**}

^{**} Palabras leídas durante la presentación del libro en la Feria del Libro de Xalapa, Ver., el 30 de septiembre de 2000.